

Registro sensible del paisaje
pista: cordón de la vereda

Cuántas veces casa
cuántas cosas que me cuentan las pisadas gastadas
vacías
silenciosamente ruidosas.
Cuántas veces bar sin sombras
almohada
o arco de fútbol.
Cuántas historias guardadas en cada partícula que me habita
tan singular
y tan exactamente igual a la cuadra siguiente.
Cuántas manos construyendo de la nada
los escombros que hoy me inundan
cuántas máquinas sobre esas manos y cuántas utilidades sobre esas máquinas.
Me vuelven necesidad
me convierten en límite,
la vereda, la calle, y en el medio esa insignificante sucesión de materiales
tan finita como eterna, tan igual y tan diferente.
Me vuelven necesidad, en una ciudad que no me necesita, que me excede.
Largas líneas de cemento
recorren los bordes que hoy reconozco
y aunque no siempre estuvieron allí
las observo persistiendo, dejándose gastar por maquinarias brutales, no se si tan fútiles como
sonoras.
Rutinarios movimientos, siempre los mismos personajes, siempre las mismas horas de
llegada y de salida.

Que aburrido es el ser humano.

Mi vida estará destinada a ser gris
con suerte algún destello pálido de un blanco enfermizo, o señales rojas para indicar
nuevamente al ser humano que allí no puede instalar su maquinaria.
A veces siento que la baldosa tiene más protagonismo en esta ciudad, inventada por y para
quienes en realidad no la reinventan.
Me distraigo porque alguien dibuja una rayuela, cerca de mi
pero no lo suficiente como para que pueda jugar.
Pavimentación sucesiva de absurdos
Las plegarias nocturnas
El frío sobre los cuerpos
Sin más casa que mi compañía
Sin más diálogo que el desatino controlado de su propia existencia

de su incertidumbre.

Tan singulares y tan iguales a mi

Tan olvidados como el cordón de la vereda.

Sostenidos bajo el signo de la necesidad ajena.

Finos cordones grises limitan mi extensión me separan de lo que reconozco como mis pares
partes de mi

otros cordoncitos

pequeñas construcciones ultrajadas.

Pero aunque en esta parte de la ciudad todo es gris,

las pisadas de algún niño cuando vuelve del jardín

me cuentan que hay otros sitios en donde la pavimentación se vive diferente.

En el prado nos abrazan los yuyos

y algún pasto rebelde que se resiste al jardinero.

Las velocidades son diferentes y aunque nuestra existencia sigue careciendo de sentido,
dejando de lado las utilidades humanas

encontramos otras formas de relacionamiento.

Los malabares y las risas de los niños en bicicleta tiñen el aire de texturas diferentes.

En algunas cuadras los colores nos tocan las manos y nos vamos transformando en arte
callejero.

Soles pintados en la vereda, alguien que canta “llévame a ver un tren”.